

Históricas Digital

Michael C. Meyer
El rebelde del norte
Pascual Orozco y la Revolución

Carolina Espejel Sherman (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1984

202 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 16)

ISBN 968-837-226-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/rebelde/norte.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

INTRODUCCIÓN

A pesar de lo avanzado del análisis histórico en el siglo xx, la revolución —quizá el fenómeno más enigmático en la historia del desarrollo de una nación— muchas veces es representada simplemente como la reacción violenta de las oprimidas masas contra un despotismo intolerable. Los problemas se reducen a una sola fórmula conceptual: la opresión (desafío) produce rebelión (reacción). Así ocurre con la Revolución Mexicana de 1910, el primero de una serie de trastornos sociales que subsecuentemente se precipitaron en América Latina. Aunque la Revolución ha sido tema de innumerables tratados y monografías, muchas de las mejores evaluaciones han seguido considerando el movimiento iniciado en noviembre de 1910 como la rebelión espontánea del hombre del pueblo contra el *ancien régime* personificado, en este caso, por Porfirio Díaz.

No es la intención de este trabajo intentar una vindicación del despotismo porfiriano, aun en el caso de que esto fuera posible. Por otra parte, aunque las desigualdades sociales y económicas crearon un medio que nutría el descontento, no es posible explicar el fenómeno revolucionario sobre esta base únicamente. El resentimiento hacia el despotismo y el *status quo*, por supuesto, es una de las primeras consideraciones en cualquier levantamiento revolucionario, pero un examen detallado de su naturaleza mostrará que una serie de otros factores tienen, por lo menos, la misma importancia. Y esto se aplica al México de 1910.



El desarrollo de México durante sus primeros cincuenta años de independencia reflejaba la turbulencia política y el caos que habían llegado a ser sinónimo de la “edad de los caudillos” en la historia de Latinoamérica del siglo XIX. Una serie de soldados-presidentes guiaron a la nación, para bien o para mal, durante la mayor parte de este periodo. Las luchas entre los liberales y los conservadores, los federalistas y los centralistas, los proponentes del privilegio clerical y los anticlericales, fueron agravadas por un intento de reconquista hecho por España en 1829, dos invasiones francesas, una en la década de 1830 y otra en la década de 1860, y por una desastrosa guerra con los Estados Unidos entre 1845 y 1848 (después de la cual México fue despojado de más o menos la mitad de su territorio nacional). En el periodo transcurrido entre 1824 y 1876 la presidencia cambió de manos setenta y cinco veces, de manera que la continuidad de normas era imposible. Alrededor de 1876 muchos mexicanos estaban dispuestos a hacer casi cualquier sacrificio para obtener paz y estabilidad, o algo que semejara un orden nacional. Aunque el último cuarto del siglo XIX dio paso a una era de estabilidad política sin precedente y de crecimiento económico, fue preciso que el país hiciera ciertas concesiones a cambio. La cuestión de si el producto acabado justificó el precio que se pagó aún divide a los mexicanos.

Durante este periodo, 1876 a 1910, México se convirtió en vedado personal de don Porfirio Díaz, un mestizo del estado de Oaxaca. Durante treinta y cuatro años Díaz gobernó a México con la clase de paternalismo que es completamente ajeno a la tradición política anglosajona. Los caprichos del dictador equivalían a ley, y siempre que era necesario recibían la sanción oficial de las ramas legislativa y judicial del gobierno. No se toleraba la crítica al régimen, y los disidentes políticos fueron encarcelados o forzados al destierro.

A pesar de la opresión política y de la turbulencia del medio siglo anterior, el país empezó a progresar pronto. La primera estabilidad política que México experimentó coincidió con la primera gran inversión de capital extranjero. Los hombres de negocios británicos y estadounidenses, ya sin temer que unas palabras descuidadas o una orden imprudente pudieran ocasionar una insu-



reción, invirtieron sus libras esterlinas y sus dólares e introdujeron su habilidad técnica. Se construyeron vías de ferrocarril, se instalaron líneas de teléfono y telégrafo, se agrandaron las instalaciones de los puertos y los muelles, se incrementó la producción minera, y para el año 1894 el presupuesto nacional estaba nivelado por primera vez desde la Independencia. Pero la estabilidad política y el crecimiento económico del periodo de Díaz se llevaron a cabo a expensas de la libertad personal y de la justicia social.

Durante la primera década del siglo xx los intelectuales mexicanos, abandonando las esperanzas de efectuar una gran reorientación social dentro del marco del orden existente, empezaron a desertar del régimen. Más aún, sin darse cuenta, Díaz favoreció el crecimiento de la oposición al indicar —en una entrevista con James Creelman, un periodista de los Estados Unidos— que no tenía planes de ser candidato presidencial después que el término que corría entonces (séptimo) expirara. En 1909 la oposición empezó a cristalizar alrededor de Francisco I. Madero, un novicio en la política que había ganado cierta prominencia nacional el año anterior, al publicar un folleto ligeramente contrario a Díaz, *La Sucesión Presidencial en 1910*. Al irse acercando las elecciones de 1910, Díaz olvidó su promesa, se presentó nuevamente como candidato presidencial, y como para echarle sal a la herida escogió a Ramón Corral, cuyo solo nombre era anatema para los liberales, como su candidato para la vicepresidencia. El día de las elecciones encontró al candidato de la oposición y a sus miles de partidarios en la cárcel, bajo acusaciones políticas. Sin que sorprendiera a nadie, la administración anunció que Díaz había sido reelecto. Poco después de contados los últimos votos, Madero eludió sus guardas y disfrazado de mecánico, escapó y se refugió en los Estados Unidos. En octubre de 1910 se proclamó una nueva revolución bajo la bandera del Plan de San Luis Potosí.

Al estallar el nuevo movimiento, menos de la quinta parte de los quince millones de habitantes de México sabían leer y escribir. La gran mayoría de la población rural vivía de manera muy similar a como siempre había vivido. El deseo de poseer tierra ciertamente no era nada nuevo, y sus orígenes se remontaban al periodo colonial. Tampoco es posible interpretar correctamente



la Revolución como una reacción en contra de la toma de prerrogativas políticas por parte de Porfirio Díaz, pues el proceso democrático nunca había operado en México antes de 1910.

Uno de los principales mexicanistas de los Estados Unidos, Frank Tannenbaum, sostiene que la revolución de Madero fue un movimiento escasamente definido, pobre en contenido social, y orientado especialmente a derrocar al dictador. Aunque este análisis es correcto, no quiere decir necesariamente que al peón común, el elemento que formaría las filas del ejército revolucionario y que finalmente lo llevaría al triunfo, le preocupara en lo más mínimo que un individuo estuviera en la presidencia por 34 años o que —de acuerdo con los términos originales de la Constitución— renunciara al puesto al cabo de un término de cuatro años. De la misma manera, no es muy probable que las multitudes hayan tenido algo en común con Madero, el hijo de un rico hacendado de Coahuila que se autoproclamó líder de la inminente lucha contra la dictadura porfiriana. La fraseología elegante y a veces idealista del Plan de San Luis Potosí, o las recriminaciones políticas de las distintas ediciones de *La Sucesión Presidencial en 1910*, no pueden haber tenido sino muy escasa significación para el serrano del ceste de Chihuahua, el indio yaqui de Sonora o el rancharo del Bolsón de Mapimí. A pesar de esto, por razones que todavía no han sido explicadas adecuadamente, las masas respondieron. Los peones y los medieros empezaron a dejar los campos en los últimos meses de 1910 y se agregaron a las filas del ejército revolucionario.

En mi opinión fueron las quejas personales contra los hacendados, los jefes políticos locales y estatales, los jefes municipales y los oficiales judiciales (producto por extensión de un orden social extremadamente paternalista y opresivo) las que deben haber convencido a las multitudes de que cualquier cambio sería necesariamente para bien. Es obvio, sin embargo, que el desarrollo y crecimiento de tal fenómeno no ocurre automáticamente, sino que se necesita una chispa; pero se han sugerido casi tantas chispas como historiadores las sugieren. La entrevista de Creelman, *La Sucesión Presidencial de 1910* de Madero, el que Díaz haya escogido a Ramón Corral como su vicepresidente en las elecciones de 1910, el Plan de San Luis Potosí y las elecciones fraudulentas

son algunas de las sugerencias favoritas. Pero aun con todos estos factores de su parte, al cruzar el Río Bravo hacia el territorio mexicano en febrero de 1911, muy bien pudo Madero haber encontrado la misma suerte que otro salvador mexicano, Agustín de Iturbide, casi un siglo antes, si la base para su regreso no hubiera sido cuidadosamente asentada por un pequeño número de emprendedores individuos, en el estado de Chihuahua.

A fines de 1910 uno de los más activos centros antirreeleccionistas de México estaba operando en Chihuahua. Bajo la dirección de don Abraham González, el Club Antirreeleccionista Benito Juárez fue responsable por una continua ola de propaganda contra la dictadura de Díaz. Después que se promulgó el Plan de San Luis Potosí, el club dirigió sus esfuerzos hacia la precipitación y la coordinación de una serie de movimientos insurreccionales que, de acuerdo con el plan, iban a empezar al anochecer del 20 de noviembre de 1910. Primero, sin embargo, el club antirreeleccionista tenía que encontrar un líder local adecuado, un líder que pudiera hacer públicos los ideales del movimiento contra Díaz, y los hiciera aparecer apetecibles a las masas de los diferentes distritos del estado. En el distrito de Guerrero, en la parte oeste de Chihuahua, González encontró su candidato en la persona de Pascual Orozco, hijo. De este modesto comienzo en las filas revolucionarias, en menos de seis meses, Orozco llegaría a ser un héroe nacional a quien se le daban en los pueblos pequeños y en las ciudades de todo el país bienvenidas que sobrepasaban las que se daban a Madero. En el término de otro año, Orozco iba a ser maldecido universalmente como un traidor a la causa de la ya sacrosanta Revolución.

Si Orozco hubiera sido meramente el intermediario entre los que procuraban derrocar el orden establecido y la única fuerza que pudo hacer que esto se llevara a cabo —el pueblo— su carrera sería de interés únicamente para aquellos que tratan de comprender cómo se logró el apoyo de las masas. Sin embargo, además de prestarle este servicio a la Revolución, el guerrillero de Chihuahua fue de los generales de Madero, el que tuvo más éxitos militares en las campañas contra los federales. Aunque es algo difícil pasar por alto las contribuciones militares de Orozco al derrocamiento del dictador, éstas han sido reducidas al mínimo, y a veces completamente olvidadas. La razón principal de este descrédito, o negligencia, es que la historiografía de la Revolución con frecuencia ha sido compilada por una escuela de historia-



dores con predisposición prorrevolucionaria, y Orozco subsecuentemente se volvió contra la facción de Madero. El historiador que procura comprender, o encontrar la fuente de la efectiva dirección que se manifestó durante las prolongadas campañas de 1910 y 1911, no puede permitirse este “compromiso”.

Los eventos más conocidos de la relativamente corta carrera de Pascual Orozco, fueron su defección del rebaño maderista en marzo de 1912, su abortada rebelión contra Madero y el subsecuente reconocimiento del gobierno de Huerta. Lejos de ser un simple caso de bueno o malo, de patriotismo o traición, la insurrección orozquista —por lo menos como se manifestaba a través de sus pronunciamientos— fue una sucinta censura de las faltas más graves del régimen de Madero, y, vista retrospectivamente, puede considerarse como un avance de las demostraciones anti-maderistas subsecuentes, la última de las cuales culminaría en el asesinato del presidente.

También es posible que las declaraciones que se le atribuyen no hayan sido un subterfugio para ganar el apoyo de todos los elementos que ya se empezaban a cansar de la aparente inactividad de Madero.

El presente estudio intenta ser algo más que una narración biográfica de Pascual Orozco. No pretende ser una detallada descripción de la Revolución en los estados del norte pero, al centrarse en las actividades de Orozco, trata de verter nueva luz sobre la historia de los orígenes del proceso revolucionario. Al mismo tiempo, porque creo que el general Orozco ha sido calumniado por la escuela de los prorrevolucionarios, he evaluado los varios cargos que se han levantado contra él. He puesto énfasis en la cercanía que Orozco tenía con las masas, y en el hecho de que los elementos aristocráticos usaron su popularidad para sus propios fines. También he prestado especial atención al contenido ideológico de sus planes revolucionarios porque reflejan una conciencia social extrañamente ausente en el Plan de San Luis Potosí. Las contribuciones que Orozco hizo a la Revolución fueron substanciales, a pesar de sus indiscreciones. Aun cuando su defección se considere inexcusable, sus actividades ayudaron a trazar el curso que la Revolución iba a seguir, y por consiguiente exigen un examen sin prejuicios.

Orozco, en el papel que desempeñó como uno de los constructores de la Revolución Mexicana, no es la única figura que merece investigaciones adicionales. Solamente cuando se hagan estudios



cuidadosamente investigados de las actividades de otros importantes líderes revolucionarios —los hermanos Flores Magón, Bernardo Reyes, Emilio Vázquez Gómez, Abraham González y Félix Díaz— y puedan ser comparados, podrá ser comprensible del todo el laberinto revolucionario de rebeliones y contrarrebeldones, altruismo y desenfreno, maquinaciones políticas y reforma social.¹

¹ Desde que apareció la primera edición de este libro han aparecido varios estudios notables acerca de los personajes mencionados. Por ejemplo, véase Anthony T. Bryan, “Mexican Politics in Transition, 1900-1913, The Role of General Bernardo Reyes” (tesis doctoral, Universidad de Nebraska, 1969); William H. Beezley, “Revolutionary Governor: Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua, 1909-1913” (tesis doctoral, Universidad de Nebraska, 1969); Francisco R. Almada, *Vida, Proceso y Muerte de Abraham González* (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967); y James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1910-1913* (Austin: University of Texas Press, 1968).